

Elaborado por
MELCHOR GALIANO

Regeneración.

Periódico independiente de combate.

La libertad de imprenta no tiene más límites que el respeto á la vida privada, á la moral y á la paz pública.—Art. 7º de la Constitución.

Cuando la República pronuncie su voz soberana, será forzosamente su dimisión.—GAMBETTA

Director: RICARDO FLORES MAGON.

Jefe de Redacción:

Juan Sarabia.

AÑO I.—2ª EPOCA.

Oficinas: 107 North Channing Ave

SAINT LOUIS, MO., E. U. A.—Marzo 25 de 1905.

Administrador:

Enrique Flores Magon

TOMO III.—No 21.

Entered as second-class matter, February 27, 1905, at the post office at Saint Louis, Mo., under the Act of Congress of March 3, 1879.



SANTIAGO DE LA HOZ

Cumplimos con un deber, depositando la corona de nuestro imperecedero cariño sobre la tumba del compañero muerto. Tan fresco está en nuestro corazón el recuerdo del hermano ausente; tan agudo es el dolor que aún sentimos por su desaparición, que parece que no ha transcurrido un año, sino un día, desde aquel trágico 22 de Marzo, cuyo crepúsculo recogió en su melancolía y en su misterio, el último suspiro de Santiago de la Hoz.

Bien merece un recuerdo y una lágrima aquel juvenil luchador, que cayó herido por una fatalidad cobarde cuando se desposaba con la plenitud de la vida, cuando ascendía gallardamente hacia el porvenir, arrebatado por el ala de sus ensueños coadoridos. Su vida fugaz, epilógada por inmensos infortunios, fué, sin embargo, fecunda para el bien; él supo y quiso señalar en lo infunde la vida universal la huella breve, pero profunda, de su existencia dolorosa y bella.

No fué el obscuro peregrino que cruza por el mundo vegetando ignoradamente; no se avenían con las apacibilidades de la vida mediocre su temperamento fogoso y batallador, su culto á la Libertad y á la Justicia, su adoración por la Patria, su fraternidad para con los oprimidos y su anhelo ardiente de ver realizado lo que en su espíritu sólo era un grandioso ensueño.

Fuó un luchador. Puso su inteligencia y sus energías, como hubiera puesto su vida misma, al servicio de la Patria. La prensa y la tribuna fueron el campo en que brotó robustamente el fruto de su pensamiento tempestuoso, fueron la cumbre desde donde arrojó las candencias de su verbo irritado sobre la odiosa faz de los tiranos. En la inmensidad de las desventuras nacionales, como en un receptáculo insondable, recogió las iras y las hieles que rebosaban de su palabra flageladora. Su pluma y su lira fueron las armas de todos sus

combates, y supo manejarlas sin envilecerlas jamás. Fué siempre activo, viril y justiciero; comprendió y cumplió intachablemente su misión de escritor y de poeta: sólo para los altos ideales, sólo para las virtudes y las grandezas tuvo glorificadores epinicios; para los tiranos de la Patria, para los verdugos del pueblo, para las protervias, para las cobardías, para la bajeza y los crímenes, no tuvo más que reproches fulminantes, vigorosas invectivas que lo mismo vibraron deslizadas en las sonoras cláusulas de su prosa candente, como engastadas en el coruscante relampagueo de sus estrofas tormentosas.

Así, lleno de santas indignaciones, combatiendo por los oprimidos, rebelándose contra la brutalidad y la injusticia triunfantes, soñando con arrancar á la Patria los grilletes que la esclavizan; así vivió aquel juvenil luchador su fecunda vida, bella y fugaz como un meteoro.

El Dolor, ese nimbo de todas las grandezas, siguió incesantemente sus pasos; y su muerte prematura y trágica fué el supremo infortunio, el más terrible y el más injusto de cuantos desgarraron las esperanzas y los ensueños de su soberbia juventud. Ascendía gallardamente hacia el porvenir, luchaba por el Bien, prodigaba las primicias de su espíritu, era joven, era bueno... y sucumbió, sucumbió silenciosamente, ahogado por el abrazo traidor de las turbias aguas homicidas, en el Río Bravo, entre la melancolía y el misterio de un crepúsculo solemne.

¡Oh hermano inolvidable! Los que te amamos, los que te vimos combatir y sufrir en tu breve existencia de luchas y de infortunios, los que te vimos caer calladamente, herido por una fatalidad cobarde, traemos hoy, conmovidos, á tu fosa de honrado luchador, la corona inmarcesible de nuestro imperecedero cariño.

Marzo 22.

Carta abierta al Sr. General Diaz

Presidente de la Republica.

México, 2 de Abril de 1905. Señor General Diaz:

Hace muchos años que ascendió Ud. al Poder con la espadatenrojada por la sangre de sus conciudadanos. Sin embargo, fulguraban en su frente los laureles de la Carabonera y del 2 de Abril, y en su mano, como un haz de rayos se veía el famoso Plan de Tuxtepec. Ese Plan justificaba la sangre de su acero, y el pueblo tendió los brazos al revolucionario, y lloró sobre la tumba de sus hijos sin abrigar rencores para Ud. La Historia, en la balanza de un juicio que se abría, puso en un platillo el Plan de Tuxtepec, y en el otro la sangre mexicana derramada.

Talentos como el de Ignacio Ramírez, tributaron un homenaje de respeto al hombre que, en la cumbre de la República se presentaba como reformador. Las Cámaras, en aquella época, rieron de las rudezas de Ud.; pero respetaron sus ideas como las había respetado la nación. Y como la nación, las Cámaras esperaron algo de esas ideas.

¡Vana esperanza! Las vorágines del Poder, rugientes y enloquecedoras, hicieron sentir á Ud. formidables vértigos; y sus proyectos fueron sepultados en esas vorágines, que sellaman riquezas, compromisos con los favoritos, y deseos de perpetuidad en el Poder.

La Historia puso en el platillo de la sangre derramada la infidencia de Ud.

Y Ud., señor, rico y poderoso, desdeñó el gorro frigio de las libertades y vió estorbosa á la República...

El pueblo, llorando entonces sobre la tumba de sus hijos sacrificados, estérilmente sintió indelicibles cóleras hacia Ud. y las sienten todavía...

La República derrotada, se retiró del campo de la política, no sin decir á Ud. parodiando al General Anaya:

Si hubiera habido ciudadanos no estaría Ud. en la Dictadura.

Pasó el tiempo, y el país comenzó á cubrirse de luto...

Era la degradación de los mexicanos.

Como los fanáticos que mueren bajo las ruedas del carro sagrado de la India, los mexicanos morían bajo las ruedas del carro sagrado de una Dictadura.

Y entre esa compacta multitud de seres abyectos, á veces tropezaba el carro con hombres descreídos (con hombres liberales) y esos hombres eran atropellados y aplastados también. El carro iba dejando un rastro de sangre y de restos humanos...

La Historia ponía toda esa sangre y esos restos en el platillo de la infidencia y de la sangre.

Don Sebastián Lerdo de Tejada murió en New York, dejando en sus «Memorias» volterrianas acusaciones contra Ud. Sí, hay toda la sátira punzante y toda la amargura sombría de Voltaire en esas Memorias cuya circulación se ha apresurado Ud. á prohibir. ¡Cuánto pesar supremo habrá experimentado en su agonía ese gran hombre, cuyos últimos partidarios, asesinados

en Veracruz la noche del 24 al 25 de Junio, fueron amontonados en una carreta y tuvieron por solo cortejo algunos perros que iban oliendo sangre y materia gris!

La Historia, en el platillo de la sangre, de la infidencia y de los restos humanos, puso las «Memorias» de Don Sebastián.

¡Son innumerables, señor, los sacrificios que ha costado á la nación la estancia de Ud. en el poder!

Tribunales, periodistas, cuántos han tenido la honra de decir á Ud.: «Porfirio Díaz, ¿qué has hecho de la República?» han caído para no volver á levantarse.

Es amargo, señor, es sumamente duro ver á Ud. en la Primera Magistratura de la nación librando encarnizada batalla á la democracia... ¡Cuánta diferencia entre Don Benito Juárez y Ud.!

Juárez ajustició en la Cámara al clero y en el Cerro de las Campanas á los traidores.

Ud. ha ejecutado en la Cámara á la República y ha convertido al país en tributario del clero. Ud. ha glorificado á los traidores en el Cerro de las Campanas, erigiendo una Capilla Propiciatoria.

No terminaría nunca de narrar todas las heridas, todas las cadenas, todos los grilletes, todos los latigazos que el pueblo ha recibido de Ud.

Y después de una larga administración en que ha hecho Ud. á la Patria todo el bien indispensable y todo el mal posible; al terminar este cuatrienio en que ha sido machetado el Partido Liberal, ensalzando al clero y exaltados los traidores; á toque de bombos y platillos, rodeado de aristócratas y de serviles, lanza Ud. una cargajada de desprecio ante el dolor de sus conciudadanos, y acepta, sosteniéndose en pié apoyado en la punta de su espada, la sexta reelección, que caerá en la tumba de Sebastián Lerdo de Tejada como sombrío escupitajo político, y en el corazón del pueblo, como nuncio terrible de abyecciones y de indefinibles desventuras!

Sr. General Diaz: es cierto que Ud. ha sentido alguna vez cóleras santas y apheles patrióticas, es cierto que Ud. ha sido un buen mexicano; pero después ha golpeado Ud. la frente del pueblo con la bota de una tiranía; hoy es Ud. un republicano extraviado por la senda de un gobierno monárquico; es Ud. un hijo del pueblo extraviado por la senda de la aristocracia y del capital; es Ud. un campeón de la Patria extraviado por la senda de la cuestión de Sonora y Yucatán, de la cuestión del territorio de Belice y de la cuestión de los fondos piadosos de California...

La República, mutilada, ensangrentada, llena de deudas, padeciendo miseria, viendo á sus hijos con hambre y sin instrucción, vieno desgarrada su legislación y profanado su solio por el aristócrata y por el clerical, contemplando á la Historia que mostrándole la balanza, le ha dicho: «Levántate y anda,» se levanta hoy de su marasmo para decir á Ud. dentro de los límites de la paz y de la ley:

«Delenda est Carthago!» [Salga del poder el General Porfirio Díaz!] Señor: Ud. sabe que toda era turba de aduladores que comienzan á preparar su sexta reelección, no

representan al pueblo y engañan á Ud. y se engañan á sí mismos.

Señor: esos hombres tienen enferma la garganta del mal presuestoido, y su voz se ahoga en medio de una caliginosa atmósfera cortesana: no los oiga Ud. No ayude y sostenga Ud. en esa labor.

La República pronuncia hoy su voz soberana, y Ud. señor, que no es capaz de someterse, porque así lo ha demostrado en 26 años de gobierno: DEBE DIMITIR.

¡Sr. General Diaz: AL TERMINAR ESTE CUATRIENIO, OBEDEZCA UD. A LA REPUBLICA!

Su conciudadano que lo atacará pacífica, legal y enérgicamente.

SANTIAGO DE LA HOZ.

SANTIAGO DE LA HOZ.

La lúgubre noticia me sobrecogió, pero la esperaba. Al despedirme la última vez de la Hoz, mi abrazo tuvo el temblor de los presentimientos fatídicos. El portentoso niño, alentaba ensueños que por grandes, no podían caber en la tierra mucho tiempo: reclamaban los espacios. Y él se rió de mis temores: había sufrido tanto en sus veinte años, que por un milagro de fé, creía ciegamente en el porvenir! Nuestr medio social no era el suyo. No pudiendo levantar aquí la bandera de sus principios irreductibles, prefería expatriarse. Y partió, partió para no volver más...

Una tarde siniestramente bella como las rosas envenenadas de Lucrecia, de la Hoz se bañaba en el río Bravo. Lo rodeaban sus hermanos de corazón y de idealismos. Tenía la soberana altivez de los gladiadores del Circo: su pecho palpitaba con ardores juveniles; su frente esplendía con el fuego de los pensamientos inmortales... Las aguas no quisieron abandonar tanta grandeza y aprisionaron para siempre entre sus brazos traidores y sutiles, el cuerpo del gran desventurado...

No seré yo quien calle ante la tumba trágicamente abierta de este niño gigantesco. De la Hoz fué mi hermano. Fué de los pocos que penetraron á la torre de marfil de sus dolores. Para mí tendió el puente y logré entrar al taciturno alcázar de sus amarguras inmensas. Era un predestinado. El, como el héroe de la leyenda esparciata, fué un hijo del dolor y de la esperanza. Como Cordelia al rey Lear, la desgracia lo seguía, aunque él la despreciaba. El dolor destruyó siempre su pecho, aunque una intensa fé alborcó siempre en su espíritu. Fué un Hamlet; pero Hamlet creyente: su Ofelia era la Patria.

Como los caballeros medioevales, consagró su vida efímera á luchar por su dios y por su dama: su dama fué la libertad, su dios el pueblo! Los últimos tres años de su vida son como tres cláusulas homéricas. En ellos palpita un gran soplo epopéico de Iliada. Si hubiera nacido en Grecia, hubiera sido hermano de los Gracos.

Idiosincrático paladín, supo trocar sus entusiasmos de niño en virilidades portentosas. Como el arcángel de la tradición bíblica, esgrimió un estoque de llamas en su brega por el pueblo,

Fresca está aún su vigorosa contienda por las instituciones. Frescas están aún sus estrofas de fuego y sus formidables cláusulas. Era un verdadero irreductible: la muerte logró doblegarlo; pero aviesamente.

Y pasó, pasó pronto como una visión luminosa de la Grecia antigua...

¡Oh niño de los sueños grandes y de las grandes desventuras! ¡Oh mi poeta bien amado! ¡Oh hermano mío! La tragedia ofició en la misa negra de tus desposorios con la muerte. En tí se cumplió la fatídica sentencia del griego: moriste pronto porque fuiste un amado de los dioses. Pero los laureles no prenderán en tu sepulcro el símbolo de sus esmeraldas gloriosas. Los mirtos no aprisionarán entre sus pétalos, la altivez de tu frente soñadora. La gratitud no llevará á tu morada eterna, homenajes de siemprevivas y tributos de violetas. Pronto, muy pronto, las enormes alas negras del cárabo siniestro del olvido, arroparán con sombras la silenciosa paz de tu sepulcro! Fuiste un gran bueno, por eso serás un gran olvidado!

Hoy que tan pocos aman á la Prtria, tú, como el héroe amigo del glorioso expatriado de Colombia, vivirás lo que vivan tus amigos y no tendrás más inmortalidad que la inmortalidad de la materia!

Duerme, duerme el sueño espantoso y evítelo de tu desgracia infinita! Hoy la tana aureola la frente de los poderosos, y tú eras humilde.

Hoy la gloria se compra, y tu eras pobre...

Duerme, niño de los sueños grandes y de las grandes desventuras! Los olidos te acompañarán en la tumba como la desgracia te acompañó en la vida... ¿Mañana?... ¡Ah! mañana!... ¿quién sabe!

28 de Marzo de 1904

ALFONSO CRAVIOTO.

(De El Colmillo Público, México, D. F.)

Suplicamos

a nuestros Agentes manden cubrir sus cuentas a la mayor brevedad. Igual suplica hacemos a nuestros subscriptores para que no sean borrados de nuestras listas.

Mexico Pacificado.

Este es el título de un interesante libro escrito por el conocido escritor Sr. Adolfo Euclós-Salinas.

El autor expone en la obra de que se trata la magnífica labor de Porfirio Díaz, y delinea acertadamente la fatídica figura de Bernardo Reyes.

Cuantos deseen conocer las majas antes de que se vido Porfirio Díaz para imponerse y tiranizar, así como ver en sus detalles la obra de sangre de Bernardo Reyes pueden conseguir su objeto leyendo el libro «Mexico Pacificado».

La obra cuesta en la República Mexicana:

Por Express, C. O. D. \$6.00 moneda mexicana.

Por Correo, pago adelantado, \$5.00 moneda mexicana.

Para los pedidos dirigirse precisamente al Sr. ADOLFO EUCLÓS-SALINAS, 418 N. THIRD ST., SAINT LOUIS, MO., E. U. de A.